

¿Parricidio? o ¿Filicidio? ¿La ley por encima del sujeto o el sujeto por encima de la ley?

Aurora Romano Mussali

“.....Y Dios le dijo Abraham: por favor toma a tu hijo.....yo ya te puse a prueba varias veces y saliste airoso de todas. Ahora enfréntate por mí en esta prueba para que no digan que las anteriores no habían sido nada.....”

(Génesis 22:2)

*“si quieres conservar la paz, ármate para la guerra”
“si quieres soportar la vida, prepárate para la muerte”*

Freud: *De guerra y muerte* (1915)

Freud (1915) seis meses después del estallido de la primera guerra mundial, en su escrito, “de guerra y muerte”, habla de cómo la evolución de las pulsiones no va de la mano con la cultura y la educación, señala que el sadismo propio de la infancia pasa por la culturalización y la educación que lo lleva a dar un vuelco del niño “malo,” al adulto “bueno”. Sin que se logre la verdadera transmutación de las pulsiones egoístas (pulsión de muerte), en pulsiones sociales altruistas, a las que llama “aptitud para la cultura”. Que sería la capacidad de un ser humano para transformar las pulsiones egoístas, bajo la influencia del erotismo en pulsiones de vida. Función indispensable para ejercer la parentalidad, menciona Solís -Pontón (2002).

Freud (1915) define la aptitud para la cultura: como la capacidad altruista de salir del propio egoísmo para ver por el otro como un otro. Esto sólo se logra cuando se puede tener una verdadera evolución de las pulsiones. Algo que queda fuera de la religión, la educación y la cultura, es sólo mediante el vínculo afectivo estrecho que se establece con un “otro” significativo, que nos invita y nos marca de manera singular en nuestra capacidad de tolerar el contacto con otros. Lo que sin lugar a dudas pone a prueba nuestra “madurez” pulsional. Es decir, relaciones vinculares donde se de prioridad al sujeto frente a las demandas sociales y así poder acceder a lo que Freud llama: “la aptitud para la cultura.”

Lo anterior me parece relevante para este escrito, por un lado, por lo que he podido observar gracias al trabajo clínico con padres e hijos. Y la importancia que tiene la agresión inconsciente de los padres en la

patología de los hijos (Romano 2014). Y como ésta se va instaurando en el inconsciente de los hijos, agresión sin palabras que encadena la patología por generaciones y que se instaura como un superyó severo, que no encuentra remedio para lidiar con la destructividad inconsciente que este porta y que lo sella y encadena a una forma particular de sobrevivencia, en muchas ocasiones cargada de patología y por lo tanto de una alto monto de destructividad.

Por otro lado, el tema me parece relevante en relación a nuestro trabajo profesional como psicoanalistas y la manera como abordamos los tratamientos analíticos actualmente. Tal vez este escrito nos pueda invitar a reflexionar sobre la manera en cómo nos hacemos cargo de nuestra propia destructividad inconsciente dentro de nuestro quehacer psicoanalítico.

La pregunta sería: ¿Es posible permitir el desarrollo y la existencia de ese “otro” más allá de nuestras propias limitaciones sin sentirnos amenazados? Tal vez este cuestionamiento nos invite a pensar en la posibilidad de darle prioridad a observar en primer plano nuestros propios impulsos destructivos, sobre las transferencias que puede hacer el paciente, cargadas de envidia, competencia y destructividad. Pensar en que primero tendremos que no repetirles a nuestros pacientes en el tratamiento, el filicidio al que fueron expuestos en su infancia, para después comprender y ayudarlos a lidiar con la destructividad de los afectos que les despiertan los sentimientos parricidas, de competencia, rivalidad y triunfo. Y así poder acompañar a ese “otro” de manera asimétrica, sin hacer de nuestras incapacidades y limitaciones algo que obstaculice inconscientemente el desarrollo del paciente, haciendo de los tratamientos trayectorias que inviten a que se humanicen tanto el analista, como el paciente que busca ayuda en nuestra consulta.

Dicho lo anterior podemos dar cuenta que hoy como entonces (Freud, 1915), la sociedad sigue sin avanzar mucho en nuestra capacidad de vincularnos y así tener la posibilidad de lograr la evolución de las pulsiones. Byung-Chul Han (2013) en su libro, “la sociedad de la transparencia” menciona que estamos viviendo en una sociedad que ahora más que nunca, intenta borrar lo negativo, todo se muestra, todo se acepta y como vemos en los medios de internet y comunicaciones virtuales, todo se consigue y todo se puede. Así respondiendo a la demanda fusional de completud del ser humano, que busca a toda costa evitar la frustración, hoy en día tenemos una sociedad que tiende a concretizar el pensamiento, lo de hoy es: lo concreto, lo expuesto, borrando las diferencias entre lo externo y lo interno, entre lo tangible y lo intangible, entre el yo y el no yo, ha desaparecido lo

negativo, nos dice el autor. Frente a este escenario, cuál es el destino para la personalidad que se afirma, se conoce, sabe sus fronteras y entonces así puede relacionarse con el extraño sin sentirse amenazado. Si no hay dos, no hay vínculos y si no hay vínculos ¿cómo se modulan las pulsiones? ¿Por internet?

Para continuar con esta reflexión me gustaría hablar de la cita bíblica del antiguo testamento sobre el sacrificio de Isaac (Génesis 22:2). Esta narración me parece puede ser repensada en relación a cómo plasma algo de lo inicial en el desarrollo de la humanidad, de los vínculos, de la modulación de las pulsiones, de la ambivalencia de los afectos y de cómo surge el pensamiento. Y por supuesto en la importancia que tiene la severidad del superyó, en el desarrollo del pensamiento, la humanización de las pulsiones y lo que implica el ser padre.

En esta leyenda bíblica vemos que cuando Dios ya le había prometido a Abraham una larga descendencia, lo pone a prueba y le pide que sacrifique a su hijo Isaac, como una prueba de su fe. La pregunta es: ¿Por qué siendo Dios un padre bondadoso lo hace hacer tal acto de sacrificio? Tal vez una lectura al escrito sería pensarlo como un acto para despertar a Abraham de que con esa dureza de fe, queda ciego en su función como padre. Un despertar al pensamiento reflexivo que obliga a integrar las ambivalencias y cuestionarse el bien y el mal. Abraham no podría realmente ser padre de su hijo, si no puede verlo como un ser humano separado de él, sería solo un servidor de Dios. Abraham se ve enfrentado a un dilema, por un lado confiar ciegamente en su Dios y por otro pensar y mirar a su hijo. Y como menciona Carlos Biro: “Sólo se puede ser padre si se deja de ser hijo”.

Al respecto Barylko (1993) explica, que este relato bíblico se puede entender como un despertar de la conciencia del padre, en el que Abraham a pesar de desear profundamente a su hijo, no lo puede ver como un ser humano, sino como una posesión. Barilko menciona que la intención era la de despertar a Abraham de su egoísmo, punto ciego que no lo deja dimensionar entre su fe y la creencia absoluta a su Dios y lo humano de ser padre.

A mi parecer, se está hablando del inicio del pensamiento; esta narración marca el momento del despertar de Abraham, poder ver un Dios con sus contradicciones, un Dios benevolente, pero a la vez castigador. Es una llamada para dejar la fe absoluta, idealizada, que aniquila el pensamiento. Es poder pensar, al permitir que el afecto tome su lugar para poder ver lo humano y humanizarse, al ver las ambivalencias, las pulsiones de vida y

de muerte dentro de nosotros mismos. Marca un cambio en el pensamiento de una fe absoluta y pasiva, a que una vez que aparece el mal en escena, ya no es sólo Dios y Abraham en la omnipotencia idealizada. Pensar este relato bíblico como el nacimiento de la generatividad, de la generación, de la descendencia y de la trascendencia. Es pensar en que cuando deja de haber un sacrificio y aparece el pensamiento, es lo humano que se rescata de su automutilación, para tener un espacio de reflexión, de poder integrar las ambivalencias en función de lograr la capacidad de discernimiento. Es el nacimiento del hijo como heraldo del porvenir. En ese acto no sólo vemos que Isaac va a vivir, sino que nace Abraham como patriarca, ya que sólo se puede ser padre que genera una descendencia, dejando la ley absoluta, no anteponiendo “el deber ser”, por encima de lo sensible, diverso y lo humano.

Retomando lo mencionado por Devereux, (1965), quien en relación a los impulsos filicidas menciona que debería hablarse del Complejo de Layo y Complejo de Yocasta, puesto que las pulsiones sexuales y asesinas del niño son suscitadas claramente por las pulsiones sexuales y asesinas anteriores de los padres, se debe designar al complejo de Edipo, según los casos, como complejo “contralayiano” o complejo “contrayocástico”. De tal modo nos encontramos con el adulto que al chocar con las dificultades de comunicarnos con el niño, termina intentando controlarlo y echándole generalmente toda la culpa o responsabilidad a éste.

Devereux en 1966, en su escrito; “Las pulsiones canibalísticas de los padres”, nos señala que, “El niño de pecho que muerde el seno de su madre no puede estar consciente de que acomete carne humana. Lo anterior es evidente alusión a la visión Kleiniana de este fenómeno. En realidad, reflexiona Devereux: “Para ser caníbal hay que diferenciar la carne humana de la no humana”. Poco se ha editado sobre la tendencia contraria; esto es, el deseo de los padres de matar a su hijo. Los padres suscitan, debido a sus propias pulsiones canibalísticas, las mismas pulsiones en los niños, las que no deben confundirse con la agresividad oral. El punto final de este conjunto de elaboraciones es la afirmación siguiente: “las pulsiones canibalísticas de los padres hacia los hijos son de orden primario, en tanto que los fantasmas y pulsiones correspondientes de los hijos son reactivos y por lo tanto, deben ser considerados como contra-canibalísticos”. Las pulsiones canibalísticas de los hijos son estimuladas, aprendidas, reprimidas, vueltas inconscientes y expresadas *a posteriori* al ser activadas por los padres, a partir del fenómeno inevitable de la relación.

Dicho lo anterior, al parecer esta puede ser una lectura al pasaje bíblico del antiguo testamento de Génesis 22:2, del cual venimos hablando en este escrito; en pocas palabras tal vez nos dice:

“¡fíjate que así no va la cosa o dejas de confiar ciegamente y te pones a pensar sintiendo o no vas a tener descendencia!” (generar una siguiente generación, ser generativo).

Por otro lado Freud (1915) nos habla de la experiencia con la agresión y la muerte en el hombre primordial, donde por un lado estaba el dolor de la pérdida de un ser querido que lleva en ellos un fragmento del propio ser de quien siente la pérdida y por otro lado, la considera merecida, pues cada una de las personas amadas también lleva lo ajeno. A esto lo llama la ley del sentimiento de ambivalencia, que vemos presente en todos los vínculos significativos. Los seres queridos también han sido extraños enemigos que han despertado en el que se queda, sentimientos hostiles. De este conflicto y el intento por comprenderlo nos dice Freud (1915) es que nació la psicología. En un intento de desplazar el odio por el ser amado, el hombre inventa los espíritus, demonios malignos y el sentimiento de culpa. El miedo a la muerte viene de la consciencia de culpa, ya que el inconsciente al odiar no mata, sólo lo piensa y lo desea. Freud, (1917): “Así todos los vínculos con nuestros seres queridos llevan adheridos una partícula de hostilidad que puede incitar el deseo inconsciente de muerte. Pero de este conflicto de ambivalencia no surge, como en aquellos tiempos, la doctrina del alma y la ética, sino la neurosis” (*Op.cit.*, p. 300). Freud (1917) en su escrito, “sobre la actitud hacia la muerte”, señala que, en los casos clínicos el estudio de estos hechos no les ha dejado duda alguna a los médicos de la época, sobre la importancia de los deseos inconscientes de muerte y su relación con la enfermedad mental.

La ley social instaurada en el superyó, no demanda del sujeto la cercanía emocional que pone a prueba su vulnerabilidad, en cambio actuar en función del deber social, si promete un bien ilusorio de triunfo frente a los pares. Aquí surge la pregunta que fue primero ¿el huevo? o ¿la gallina? ¿El filicidio inconsciente de los padres? o ¿los sentimientos de destrucción al padre? Como se mencionó anteriormente, George Deveraux (1966) señaló que la destructividad que primero ejercieron los padres hacia sus hijos, con su propia violencia, es la que lleva a estos después retaliativamente a ejercerla en ellos y la culpa que de estos sentimientos agresivos y destructivos se inunda el sujeto.

Freud (1932) señaló que el síntoma proviene de aquello que ha quedado reprimido, así el síntoma es para el yo tierra extranjera. La enfermedad mental viene del conflicto entre las exigencias de la vida pulsional y las resistencias que dentro de él se elevan. El superyó surge de la instancia observadora que se separa del yo como consciencia moral. El papel que luego adopta el superyó se desempeña primero por un poder externo la autoridad parental. Freud (1932) en “31ª conferencia: “La descomposición de la personalidad psíquica” Nos menciona que el niño pequeño es amoral, no posee inhibiciones internas que frenen la satisfacción de sus impulsos, es la autoridad parental la que moldea el superyó. La instauración del superyó se da gracias a un proceso de identificación con la instancia parental. Lo que marcará el destino del complejo de Edipo, de modo que el superyó aparece como heredero de esta ligazón de sentimientos tan sustantiva para la infancia. En la liquidación del complejo de Edipo, el niño deberá renunciar a las intensas investiduras de objeto que había depositado en sus padres. Quedando precipitados de investiduras de objeto resignadas, que marcarán en gran medida sus futuras relaciones con nuevos objetos de amor. Así que el monto de agresión por el que transitara el niño para hacer frente a los sentimientos de culpa, tienen en un primer momento todo el monto energético de la agresión inconsciente de sus padres, lo que en gran medida será un factor determinante para la huella que deje en ellos, el tránsito por la Etapa de la resolución del complejo de Edipo. Como bien sabemos el superyó también es portador del ideal del yo, con el que el yo se mide, cuya exigencia de perfección se empeña en cumplir. Nos dice Freud (1932), que el ideal del yo es el precipitado de la vieja representación de los progenitores, que expresa la admiración por aquella perfección que el niño les atribuía en otro tiempo. Así frecuentemente vemos como durante el desarrollo futuro, el infante tendrá que hacer frente a la desilusión de ese ideal que fue depositado en ellos por los ideales de sus padres, quienes frecuentemente no toleran ellos mismos la desilusión de ver a sus hijos como un “otro” que comienza a tener independencia. Al parecer el monto de agresión que esta diferenciación despierta en los padres, frecuentemente está ligado al los ideales desmedidos que en un primer tiempo depositaron en sus hijos .

Freud (1932) menciona que el superyó del niño no se edifica según el modelo de ser de sus padres, sino según el superyó de ellos, se llena del mismo contenido y así deviene portador de la tradición y de lo transgeneracional. En el superyó esta el pasado generacional, la tradición

de la raza y los pueblos, que poco a poco ceden a la influencia del presente.

Hoy sabemos que es la madre el primero objeto de amor que modulará o no las primeras marcas psíquicas que después se transformarán en instancias morales y serán el superyó del infante. Es el superyó de la madre el que está presente en las primeras etapas de crianza y la manera en como el bebé empezará a lidiar con la violencia y la agresión tanto interna como externa, dependerá en gran medida de esta instancia psíquica en la madre. Vemos aquí la relevancia de pensar en la agresión inconsciente y los sentimientos de culpa de las madres, frente a la crianza de sus hijos, ya que esta sella de manera prematura a sus infantes, en una manera particular de hacer frente a la agresión inconsciente depositada tempranamente en su psiquismo.

A manera de conclusión me gustaría reflexionar sobre el hecho de que en el transcurso de la evolución parece ser deseable que el superyó, de generación a generación se vaya transformando, evolucionando, haciéndose más flexible, realista y humano. Sin embargo, con cierto temor vemos, que la tendencia actual no parece mostrarnos que como sociedad estemos logrando avanzar en estos términos. Es decir que el paso del tiempo no nos ha permitido grandes avances en este rubro, al contrario parece que vamos en sentido opuesto, donde los escenarios cotidianos son muchas veces escalofriantes, vemos en nuestros consultorios y en contextos sociales en general, situaciones donde predomina el sadismo, la agresión y la rigidez, donde el “otro” no aparece. ¿Será que es tiempo en que pongamos el acento en la responsabilidad que tenemos que asumir como adultos, como sociedad y como promotores de salud mental, en relación a la agresión inconsciente que a fuerza de negación, escisión y por que no disociación, termina silenciosamente encadenándose de generación en generación?

Ahora toca el tiempo de pensar en nuestra práctica psicoanalítica, tenemos más que nunca pacientes que de no ser mirados, llegan a consulta con pensamientos concretos que aniquilan nuestro quehacer analítico y obligan o a maltratarlos con interpretaciones fuera de “*timing*”, algunos deciden abandonar el tratamiento pensando en el psicoanálisis como algo arcaico, otros más masoquistas se queda so pena de quedar atrapados en un “falso *self*”, que los extingue de igual manera de lo humano.

¿Cuál es el futuro de psicoanálisis frente al panorama de la civilización del siglo XXI? La respuesta me lleva a retomar la pregunta inicial que cuestiona ¿Es el sujeto por encima de la ley? o ¿La ley por encima del sujeto? Y re plantearnos la narración de Abraham con el sacrificio de Isaac, en el escrito bíblico del Antiguo Testamento .

Hoy en día ¿seremos los psicoanalistas los que a fuerza de no atrevernos a ver nuestras carencias frente a la necesidad de una sociedad carente de *reverie* materno, nos empeñamos en seguir sosteniendo el mandato psicoanalítico? Como un modo de aplicar nuestro trabajo analítico viendo más la ley Psicoanalítica, que a nuestros pacientes del vacío, que ha producido el reto de vivir en este siglo. Mirarlos nos implica cambiar de paradigma y atrevernos a tocar las carencias más profundas de nuestros propios maternajes y romper el tabú de pensar que así se aniquila el pensamiento psicoanalítico, al llevarnos a la simbiosis. O es más bien la necesidad de los pacientes que nos obligaba a sacrificarnos, a matar nuestro trabajo profesional. Así como Abraham no podía ver a su hijo y obedecía su fe que muchas veces lo sacó adelante, por lo que no puso en duda a su Dios. estaremos nosotros cometiendo ciegamente un sacrificio, cuando nuestro pensamiento psicoanalítico cada vez nos está obligando a reconocer al otro más allá de la ley, dejar salir la comprensión humana en nuestras consultas que invite a acompañar a nuestros pacientes y a nosotros mismos a vencer el miedo de salir al encuentro del “otro”, ese otro que asusta por diferente. Como la madre que al tener un hijo se espanta del reto que el cuidado de la “otredad” le demanda en su psiquismo, por lo que se asusta y voltea a ver al Padre, a la ley que le indica desde el “deber ser”, desde un superyó punitivo producto de la sobre-idealización del objeto, que por dogmático no integra matices, ni ve sutilezas emocionales.

Frente a este reto nos asustamos y recurrimos a nuestra ley: “el psicoanálisis” que al parecer cada vez más se extingue, si no se actualiza en su comprensión de lo que hoy transcurre en pacientes que están volcados al afuera con mundos psíquicos internos áridos.

¿Hoy quién es el sacrificado como entonces? ¿Los analistas? ¿Los pacientes? ¿O el psicoanálisis? ¿Quién no está viendo a quién? ¿El analista a su paciente? ¿El psicoanálisis a los analistas? ¿O los analistas al psicoanálisis? ¿O tal vez de manera narcisista sólo estamos esperando que los pacientes nos miren? ¿Y entonces qué sigue, nos quedaremos sin descendencia? Somos nosotros los responsables de poner a los pacientes por encima de la ley, toca el turno de que aflore en primer plano esa función materna que se atreva a criar, cobijar, mirar y acompañar desde lo externo y lo cotidiano del cuidado del infante, que le permita primero la sobrevivencia física, hasta la sensibilidad de un *reverie* que invite a la existencia de una autonomía psíquica.

Resumen.

Se toma como punto de partida la cita Bíblica del sacrificio de Isaac (Génesis 22:2), para hablar de la evolución de las pulsiones. Retomando el concepto sobre “filicidio” propuesto por Devereux (1966), para entender cómo se interrelaciona la severidad del superyó, con la violencia y la capacidad de vincularse con un “otro”. Invita a asumir nuestra propia violencia inconsciente.

Palabras clave: Filicidio, superyó, violencia, vínculo, inconsciente.

Summary.

The present paper takes as its starting point the Biblical quote of the sacrifice of Isaac (Genesis 22: 2), to discuss the evolution of drives. Returning to the concept of “filicide” proposed by Devereux (1966), to understand how the severity of the superego is interrelated with violence and the ability to connect with an “other”. Invites to take responsibility of our own unconscious violence.

Key words: Filicide, superego, violence, relation, unconscious.

Referencias Bibliográficas

- BARYLKO, J. , (1996) “El miedo a los hijos” Argentina: Emecé
- BYUNG-CHUL, H., (2012) “La sociedad de la transparencia” España: Herder
- DEVEREUX, G. (1953). Why Oedipus Killed Laius—A Note on the Complementary Oedipus Complex in Greek Drama. *Int. J. Psycho-Anal.*, 34:132-141.
- FREUD, S. (1914): “Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico”, Obras completas, Argentina: Amorrortu (2000) Tomo XIV; Pg. 47.
- FREUD, S. (1914-1916) “De guerra y muerte. Temas de Actualidad” Obras Completas Argentina: Amorrortu (2000) Tomo XIV; Pg 275-303 .
- FREUD, S., (1932-1936) “31ª conferencia. La descomposición de la personalidad psíquica” Argentina: Amorrortu, Obras Completas T. XXII Pg 53-74
- La Biblia antiguo testamento; Libro de *Rosh Hashana*; traducción Aryeh Coffman (2012) México: Jerusalén

- LARTIGUE, T. (2014) Comunicación personal
- ROMANO, A. (2014) “Fantasías filicidas inconscientes observadas en tres casos de psicoterapia madre-bebé”. En Intolerancia a lo femenino, N. Reyes y D. Berlín (comps.) México: COWAP
- SOLÍS PONTÓN, L. (2002) “La Parentalidad: Desafío para el tercer milenio” México: Manual Moderno.